

energía y se arraigará con el apoyo que no podrán menos de prestarles todos los hombres sensatos y caritativos. Basta fijar un momento la atención sobre cada uno de los objetos á que se consagra el patronato y la importancia que estos tienen para la vida del obrero y su familia y veráse como sin esfuerzo alguno se crea una íntima armonía entre los intereses de amos y operarios, de la cual reportan beneficio la producción y los industriales, y se dan al obrero condiciones de existencia de que antes carecía, condiciones que se le prometen ahora por la vía del tumulto y del desorden, pero que no puede alcanzar jamás ya que ellas exigen, paz, sosiego y orden en el trabajo.

Juzgamos que los medios propuestos pueden superar con gran exceso las ventajas que los huelguistas esperan alcanzar con sus propósitos, y que carecen de todos los inconvenientes y peligros que ofrecen las huelgas: los resultados obtenidos con aquellos medios son elocuentes y no hay quien pueda destruir su lógica demostración, al paso que los que han producido las huelgas son solo negativos, fatales para el mismo obrero y no hay hombre de mediano criterio que pueda apoyarlas ni aplaudirlas.

La ciencia y la historia están demostrando con documentos y datos irrecusables que los obreros que se entregan á las huelgas y las fomentan son, como dice un escritor distinguido *los salvajes que cortan el árbol, para coger el fruto.*

## SEGUNDA PARTE.

### Á LA SOMBRA DE UN ÁRBOL.

#### I.

Deseoso de disfrutar por algunos días de la sosegada y apacible vida del campo, dirigíme el verano del año pasado á un pueblecito algo distante de mi residencia ordinaria. Siete éramos los pasajeros que ocupábamos el desvencijado coche que allí debía conducirnos; casi todos menestrales, gente del campo y obreros á juzgar por sus trajes: emprendimos la marcha y á los pocos momentos el interior del vehículo, parecía una torre de Babel puesto que con el ruido natural del coche, todos hablaban y nadie se entendía; un buen rato después la conversación fué ménos general y hubo aun momentos de silencio como si todos esperáran que alguien lo rompiera: yo había tratado de leer un periódico que llevaba en el bolsillo, pero ni el movimiento del carruaje ni el ruido que

levantaron tantas voces, me lo permitieron; resigné-me á pasar el tiempo como pudiera y á escuchar á mis compañeros de viaje.

Habíamos andado una tercera parte del camino, sin que hubiera podido contestar mas que con monosílabos á las preguntas que me dirigian mis vecinos: el carruaje entró luego en estas secciones en que las caballerías parece que andan dormidas, el ruido por lo mismo cesó en gran parte y yo entablé conversacion sobre cosas indiferentes con el viajero de mi derecha.

Al cabo de un rato me llamó la atencion la animada polémica que sostenian dos de los viajeros que estaban sentados frente á frente de mi. Eran por lo que luego descubri, dos operarios, el uno hilador de unos 30 años y el otro carpintero que rayaba en los 50. Defendía el primero con gran calor, los desastres que la *Commune* había hecho en París, sosteniendo que era un gran paso dado para la independencia de las clases jornaleras, una prueba de la parte que á estas debía darse en el gobierno y la administracion de los intereses públicos, una leccion que la gente de blusa y de chaqueta había dado á los hombres del dinero y de desahogada posicion, afirmando que era solo un ensayo de lo que debía pasar por todas las naciones de Europa, para lo cual contaban los afiliados con gran número de adictos en todas las grandes capitales, con una cantidad fabulosa, y con-

fiada la direccion de este gran movimiento á hombres de un talento extraordinario, amigos desinteresados del pueblo y consecuentes en sus opiniones. El carpintero, que despues supe se llamaba Juan, repetía con el mayor buen sentido, las observaciones que había oido referir sobre este gran acontecimiento, le citaba los crímenes que se habían cometido, los saqueos y robos perpetrados por estos jefes que tanto pregonaban el orden y la moralidad, y remarcaba el acénto en la gran cobardía con que abandonaron al pueblo que tomó parte en la insurreccion, entregándolo á los cañones de las tropas de Versalles, ó permitiendo que á millares fueran encerrados en fortalezas y pontones los que no murieron en la refriega, y huyendo buena parte de estos jefes al extranjero con sus bolsillos llenos de dinero y billetes de banco.

Estos dos hombres eran la representacion fiel, del obrero honrado en el lleno de su buen sentido, de su talento natural, y del obrero maleado con locas doctrinas y llena su cabeza de ilusiones y esperanzas descabelladas.

Esta discusion se fué prolongando, y de cuando en cuando el carpintero me dirijia vivas miradas, como si con ellas me pidiera que le apoyase en sus argumentos: solo despues de estas invitaciones repetidas me permití decir al entusiasta defensor de los comunistas.

—No es extraño que defendais estas desgracias

porque no comprendéis sus consecuencias, que si primero costarán sangre y lágrimas á las clases ricas, acomodadas y aun á la clase media, llevarán la ruina de la clase obrera por completo. Estos desastres no son efecto sino del desenfreno de las pasiones y de la perversidad de doctrinas que hace años se presenta á las clases pobres de Francia, de esas lecciones que se les quieren dar tambien en España por cuatro hombres frenéticos, á quienes toda persona sensata mira con mas lástima que desprecio. Todo esto en el fondo no es mas que orgullo y envidia, efecto de que nadie se resigna con su suerte, y pocos saben resolverse á trabajar para mejorarla por medios legítimos. . . .

El hilador me interrumpió con el calor y la viveza de un energúmeno diciéndome:—He ahí lo que siempre saben decir ustedes, la gente de levita, ó que han tenido la fortuna de nacer en familias ricas ó acomodadas. Yo les quisiera ver á ustedes en nuestra posición, con los jornales que ganamos y con las necesidades á que debemos atender; al fin no saben ustedes darnos otro consejo que paciencia y resignacion con nuestra suerte; esto hace años que lo sabemos y vamos de mal en peor. Esta visto, si nosotros los obreros no tratamos de defender nuéstrros intereses, nadie se cuidará de ellos; es preciso que este estado de cosas se acabe de una vez, y nosotros, lo oye usted, nosotros, impondremos la ley á los ricos y á los que hasta hoy nos han explotado.

—Hombre, hombre, le dije yo tratando de calmarle, el mismo calor con que vosotros habláis está demostrando á todos los que aquí estamos, que obráis con pasion, que no quereis juzgar las cosas tales como son y como pueden modificarse. ¿Creeis acaso que la marcha del mundo y la posicion de todas las clases se cambian como se revuelve una tortilla?

Yo no diré que en algunos puntos, en algunas cosas no tengais razon, para que se mejore vuestro estado, se procure vuestra instruccion y se dicten algunas disposiciones en lo que toca al trabajo, pero. . . . en esta materia, ni conoceis adonde vais, ni quien os conduce, ni haceis otra cosa que seguir como corderos, y hablar por boca de ganso. Aquí hemos tenido diferentes conmociones populares, aquí ha habido motines y crisis de todas clases, y siempre se ha echado mano de vosotros los obreros, prometiéndos el oro y el moro, y despues cuando ha vuelto el orden. . . . habeis quedado como antes, sino peor. Esto os debiera haber llamado la atencion; pero nada, continuais obedeciendo á algunos hombres á quienes conoceis de cuatro dias, de quienes no teneis mas noticias, sino que ellos mismos dicen que aman al pueblo, y con esta palabra mágica vais á donde os llevan á ojos cerrados.

—Digalo mi bolsillo, exclamó el carpintero.

—¿Con qué os han pescado unos cuartos? le pregunté.

—Si señor, y no solo lo siento por los cuartos, sino por las befas y aun las amenazas que me han hecho los que eran mis compañeros. Figúrese V. que por seguir á mis compañeros de oficio ingresé en una sociedad que dijeron era para socorros en casos de enfermedad; yo iba depositando semanalmente mis realitos con la mayor exactitud, privándome de muchas cosas y prefiriendo esto á depositarlo en la caja de ahorros, pero me dijeron luego que el objeto de la sociedad, no solo era dar una pensión diaria en caso de que el socio estuviera enfermo, sino tambien para organizar un socorro general el dia en que se acordará una huelga, que con ello pondríamos la ley á los amos, quienes debieran aceptar nuestras condiciones que naturalmente habian de ser aumento de salario y luego disminucion de las horas del trabajo, con lo cual ganábamos de dos maneras. Vino un dia en que cai enfermo y diciéndome que habia muchos socios á quienes debia socorrerse, debian darme dos reales diarios ménos de los que habíamos convenido en los estatutos, y yo de buena fé lo crei: algun tiempo despues, se me dijo que estaba acordada una huelga y que no debia ir al taller y yo para cumplir mi palabra no fuí: asi pasaron dos semanas en las que cobre lo convenido, pero luego ya fué bajando la cuota, hasta que se nos dijo por los directores que los fondos se acababan y que debíamos procurar volver al trabajo, que ya otro dia unidos

con los de otros oficios impondríamos la ley al amo. . . . . Hasta entonces no se me cayó la venda de los ojos, deje de pagar y dije que me borráran de la sociedad; me insultaron, me dijeron pastelero, variable, traidor á mis hermanos y qué se yo que más. . . . y entre tanto me he quedado sin mi dinero, he de trabajar como antes, sino más, porque son mayores mis gastos y ahora tendria algunos ahorros que se ha comido el diablo.

—Hombre si te cansaste tan pronto, dijo Antonio el hilador.

—Ya se vé: como tu eres un soltero, contento tú, satisfecho todo el mundo. En mi casa te querria. Hoy pare la mujer, mañana está el niño enfermo, el otro dia á la chica le faltan zapatos, á este se le ha de comprar un vestido, á aquel una chaqueta, aparte del alquiler de casa que corre más que un tren. A fé, á fé. . . . que no me ha molido poco los huesos la buena de mi mujer porque me dejé engatusar. . . . Ya veo que tenia razon cuando me decia. . . . sociedad, solo has de tenerla conmigo; á ella ya le olia mal esto de empeñarse en no ir al taller para que el amo diera mas jornal, y aquellas arengas que yo le repetia al llegar á casa. . . . .

—Pues mira Juan, repuso el hilador. . . . nosotros nos empeñamos en que el amo no había de estirar las piezas á su gusto, pagándonos el mismo salario, y salimos con la nuestra; eso si, tuvimos una

huelga de diez semanas, que nos costó á la sociedad centenares de duros, y yo que era uno de los que mas gritaban entonces, decia á mis compañeros: animo chicos, no hay que ceder, ya vendrá el amo á buscarnos, ya se rendirá de su terquedad, y se contentará con menos beneficios.

—Y teniais razon en esta huelga, dije á Antonio, porque era este un abuso que ningun hombre honrado podia tolerar. Pero no por esto creais que siempre que gritais y alborotais, llevais razon. . . .

—Pues mire V. dijo el hilador interrumpiéndome, ahora queremos solo trabajar ocho horas diarias, queremos tener ocho para descansar y otras ocho para podernos instruir y pediremos aumento de jornal para acabar de una vez las disputas.

—Echa, echa, le dije, decid mas bien que quereis trabajar poco y ganar mucho: además de que se me figura, que en estas ocho horas para instruirse, los 99 por ciento se iran al café, á la taberna ó al club, los libros se quedarán en la tienda, y poca tinta gastareis en aprender á escribir: no os hagais ilusiones; si hoy os concedieran eso que pedis, mañana estos que os dirijen os dirian que habeis de pedir, que el amo os pague el alquiler de casa, y el otro dia que os vista, y el otro que os de trabajo tanto si vende como sino, tanto si hay existencias como si no las hay, y os pintarian las cosas de tal suerte que os convencerian que teneis razon. Vamos hombre: no os dejeis engañar,

que estos hombres que os llevan y os traen, no son tan santos ni tan amigos vuestros como creeis, ni vosotros sabeis lo que pedis.

—Pues señor, si tan engañados somos, y tan malos caminos seguimos, ya será V. hombre para enseñarme el bueno y para decirme cómo debo yo arreglarme para que el amo no me chupe la sangre, y no me explote y se haga rico con el trabajo: vamos á ver. . . . dijo el hilador.

—Eso de hacerse rico con el trabajo vuestro y explotaros, ni sabriais como probarlo, ni teneis conocimientos para juzgar la posicion del amo, ni lo que le cuesta la fábrica, las máquinas, el algodón, el carbon de piedra, el capital que tiene invertido en los géneros y multitud de cosas que yo podria deciros, y veriais que no es oro todo lo que reluce, y que muchas cosas que juzgais ganancias no lo son y que no es tanto, tanto, esto de los beneficios. . . . Lo que si podria deciros ó enseñaros es que vos obrero honrado, laborioso, amigo del orden y de la industria, con vuestro jornal, podriais ir mejorando vuestra situacion hasta formaros una partidita de duros, hasta llegar á olvidar esta esclavitud de que os quejais, hasta consideraros feliz en haber mejorado de un modo notable vuestra suerte con vuestras propias fuerzas.

—Es vano empeño, díjome Juan el carpintero, porque mire V. que este es uno de los propagandistas

de las huelgas que ahora se declaran aquí y en el otro pueblo y en aquella fábrica.....

—Mejor, mejor, repuse mirando á Antonio, el caso es que os dejeis convencer, no por mis razones, sino por las de la esperiencia y el ejemplo, pero ya veis que.....

Iba á proseguir, cuando uno de los pasajeros, un labrador que habia estado como medio dormido en un rincon del carruaje, poniéndose como pudo en jarras, despues de lanzar un tremendo voto..... y dirigiéndose á los tres que habiamos sostenido este diálogo nos dijo.....

—Voto á..... que hasta ahora he estado escuchando á ustedes, hablando de los obreros, de los talleres y de los industriales, como si nosotros los labradores no fuéramos de carne y hueso y sangre cristiana como los que trabajan en la ciudad..... ¿y porqué no se ha de pensar en nuestro trabajo y en nuestra suerte?..... ¿no es cien veces más duro nuestro jornal que el vuestro, ganado sin mojaros la lluvia, sin tostaros el sol, bien sentaditos la mayor parte?..... Vaya, que buen tonto fué mi padre en no haberme hecho dejar la azada, la laya y el arado, y ponerme en la mano una lanzadera, ó un martillo, ó una sierra?; que no llevaria yo este pantalón de hilo con mas agujeros que una criba, y una camisa más basta que un saco de harina..... y vosotros bien lavados y arreglados y con su camisa

blanca como un copo de nieve!..... y por lo que he oido os quejais más, que una suegra de su nuera. ¡Esto si que está buenol!.....

—Veis, Antonio, dije á mi vez, como no sois tan desgraciados como suponeis..... pues á esta buena gente, no se les ha ocurrido esto de que les explotan, y de pedir rebaja de las horas de trabajo y aumento de salario ó de jornal, y no han formado sociedades de socorros y no gritan, ni ponen en peligro el orden. Por lo demás amigo, añadí, dirigiéndome al labrador, llevais razon sobrada, pero debeis saber que los labradores y jornaleros del campo no son gente que les convenga tanto á los apóstoles y santos varones, que hacen clamar ó alborotar á los obreros y operarios de la ciudades, porque vosotros gente sencilla y apartada del bullicio de estas, sois más desconfiados, os es más difícil soltar los cuartos, puesto que tal vez vuestro jornal os cuesta más fátiga, es más escaso; y sobre todo, los defensores que se llaman de los derechos del obrero prefieren hacer suyos los operarios de las ciudades y los grandes centros de trabajo, porque con poco esfuerzo y con cuatro palabras de *opresion* y *esclavitud* y otras por el estilo reúnen luego 6, 8 ó 10.000 obreros á quienes con algunas mentiras bien expuestas en una plaza, arrastran y hacen suyos para elemento de desorden. Vosotros vivis con menos ambicion que los obreros de las ciudades, y por esto es que ni os quejais tanto, ni aban-

donais en tumulto el trabajo, ni incendiáis las propiedades de vuestros amos, ni cometéis estos excesos que sin duda habreis oído contar de lo que pasa en las ciudades.

—Pues nosotros replicó Antonio, nos proponemos también sacar á los jornaleros del campo del estado de abandono en que están, uniremos su causa á la nuestra, y procuraremos que siguiendo nuestro ejemplo, abandonen el trabajo sino quieren los propietarios aumentar el jornal.

—Si hombre si, le contesté, si y mandareis al sol que no caliente tanto en verano, y á los nubes que no echen agua, porque vuestros hermanos se incomodarian! Vaya Antonio que veo teneis vuestra cabeza llena de planes muy vastos, veo que os han vuelto el juicio estas sociedades y estos que habeis tomado como vuestros abogados. Me parece que Juan no piensa como vos y que el desengaño que sufrió le tendrá escamado.

—Si señor, yo se lo aseguro á V. dijo Juan; el primero que venga á mi casa á hablarme de sociedades y de huelgas y de otras cosas que yo me sé y que oía en las reuniones, cojo una tranca y zás. . . . . Puede V. comprender si vamos por distintos caminos Antonio y yo, con decirle á V. que yo voy á ver ahora á un hijo que tengo en nodriza, y él, . . . . él se lo sabe para que viene, que aunque yo lo presumo para qué va al pueblo, no me lo ha querido confesar.

—Hombre; mire V. me dijo Antonio con cierto aire de expansion y franqueza. . . . yo se lo diría á V. para qué voy al pueblo, pero como yo cobro mi jornal, tarde los dias que tarde en volver á la ciudad, no llevo prisa en cumplir mi comision; antes quisiera que me explicará V., y sobre todo me probára, como yo mismo y solo con mi jornal y mi trabajo puedo mejorar mi suerte, y le doy á V. mi palabra de que si gana la partida, no tendré reparo en confesarme vencido y explicarle á V. para que he venido al pueblo.

—Aceptado; y mucho será que habiendo buena fé por vuestra parte no llegue yo á convenceros: á lo ménos prometo por lo que á mi toca, hacer todo lo que pueda para que confeseis que hasta ahora habeis andado mal y que no iriais mejor: pero yo que no pongo reparo en tener esta conversacion con vos en sitio donde podamos hablar con calma, yo quiero que Juan nos acompañe ya que así puede convenir á vos como á mi, porque el juzgará quien gana la partida. Entre tanto amigo Antonio, y como parte importante de nuestra próxima discusion ó conversacion, esta noche os enviaré para que lo leáis, un pequeño trabajo que hace muy poco he escrito sobre las huelgas y sus consecuencias: esto puede ahorrarnos tiempo si estais conforme con lo que allí diga y os persuaden las verdades que allí leereis.

Quedamos conformes y concertados en el punto de reunion del dia siguiente, amigos todos, cual si

hubieramos hecho un viaje de muchos días, y á poco llegamos al pueblo. Ibamos todos bajando del carruaje, cuando el labrador que habia metido su cuarto á espadas en la conversacion se me acercó al oido diciéndome;

—Caballero, me parece que en buen enredo se ha metido V. . . . . este hombre tiene trazas de ser de los del petróleo, y sino es por gracia del Espíritu Santo, no le sacaré V, de sus trece.

Solo pude contestarle; veremos.

## II.

A la tarde del día siguiente fui al sitio convenido; era un recodo al pié de una cuesta donde una corpulenta encina protejia de los rayos del sol y convidaba á pasar un par de horas bajo su sombra. Allí estaban Juan y Antonio esperándome y despues de haber terciado algunas palabras y de haber elogiado yo el sitio que Juan habia escogido, el hilador que parecia impaciente por abordar el asunto me dijo. . . . .

—Amigo, anoche mismo no quise acostarme sin haber leído el escrito que V. me envió sobre las huelgas, y si he de hablar con franqueza y los datos que allí cita V. son verídicos, me ha puesto V. en un aprieto, pues los números cantan claro y lo que allí se dice me ha dejado ganas de volverlo á leer. Me

chocaron mucho aquellos gastos de miles de libras esterlinas y aquellos discursos de dos obreros en el congreso español, y por esto no se lo devuelvo aun á V.

—Antonio, contesté, puedo aseguraros que son ciertas y sacadas de buen conducto las noticias que habeis leído, puedo facilitaros el ver los libros de donde las he recogido, y celebro infinito, no solo de que os hayan quedado deseos de volver á leer aquellas páginas, sino que os hayan causado impresion. Desengañaos amigos, la verdad siempre se descubre cuando se busca, y las razones en que descansa es difícil ocultarlas á los hombres que de buena fé, con lealtad, desean encontrarla: no olvideis aquella máxima del gran Cardenal Richelieu—«los aduladores son como los ladrones, su primer cuidado consiste en matar la luz»—

Los que se proclaman vuestros defensores, para conseguir atraer vuestras voluntades y someteros á la suya, lo primero que hacen es matar la luz, es decir ocultar la verdad; por esto veis que presentan al pueblo de hoy en un estado peor que en tiempo de la esclavitud, solo os pintan desgracias y miserias alrededor vuestro, callándoos los beneficios que la industria ha hecho al pueblo, el desinterés y celo de muchos hombres en favor de los que viven del trabajo, los millones que se han gastado en todas partes para mejorar su suerte, y las cantidades fabulosas que la caridad ha invertido para alivio del pobre.